

impelido por el vértigo infernal que le dominaba, dirigióse á la casa de su compadre Caifás, repitiéndose á cada paso:

—¡Le he visto!... ¡Ya está en nuestro poder!...

CAPITULO III.

En casa de Anás.

Uno de los criados de la servidumbre de Anás, para dar mayor autoridad é importancia á su maligno amo, anunció la llegada de Jesucristo y sus verdugos con estas palabras:

—El reo está aquí.

—Que entre con la gente que le acompaña;—dijo Anás tomando una posición grave en el asiento, al tiempo que se colocaban en torno de él sus cinco hijos.

Los verdugos arrojaron á Cristo dentro de la sala, dándole un empujón que le hizo perder del todo el equilibrio, y Malco que venía ufano, llevando las cuerdas y cadenas con las cuales estaba el Señor aprisionado, tuvo ocasión de demostrar á su amo la crueldad de su pecho, pues de una sacudida fiera que dió á las cuerdas y cadenas, (sacudida que apretando el dogal del cuello de Jesús hízole abrir la boca al Salvador, y desgarrando la carne de las divinas muñecas arrancólas abundante sangre), hizo tomar de nuevo al Cristo el perdido equilibrio. Verdad es que aquello era un exceso de barbarie y de crueldad, pero esto precisamente era lo que ufanaba al desgraciado Malco.

Aquella crueldad llenó de tal complacencia al sanguinario Anás, que no pudo menos de aplaudirla, diciendo:

—¡Buenas fuerzas teneis, amigo mio!

—Por mucho que dure la función, no creo que se me agoten. Me he convertido en carcelero del seductor, y estoy tan ufano de mi puesto, que por nada ni por nadie de este mundo quisiera cambiarlo.

—Malco, estoy altamente satisfecho de tí y de todos los que te han acompañado en esa empresa, que os llena de gloria, y que os capta los aplausos y el aprecio de los buenos patricios. Los administradores del templo sabrán por su parte corresponder dignamente á vuestro servicio, recompensándole como es debido. Por de pronto soy feliz con poderos anunciar pública y solemnemente á todos, la gratitud que por vosotros siente el cuerpo sacerdotal y el respetabilísimo cuerpo del Sanhedrin de Israel.

—Nosotros;—dijo un soldado con voz bronca, fiera y desentonada;—nosotros somos tambien dichosos con poder librar á la patria de este miserable... —Y aquí dejó caer con fuerza una de sus manotas, armadas del guantelete, sobre la cabeza del Salvador.—Y hemos cogido tan de buena gana el encargo que nos habeis hecho, que tengo para mí que nadie de mis compañeros ha de retroceder, hasta que hayamos logrado daros gusto, aplastando la cabeza á esta vívora. ¿No es verdad, cordero;—añadió hablando con Jesús;—que nos portamos bien y bizarramente contigo?

Y otra vez dejó caer su mano armada sobre la delicada cabeza del Cristo, cuyos cabellos rubios y sedosos estaban empapados en agua cenagosa y en lodo negro y fétido.

La gracia del soldado fue bien recibida por Anás y por sus hijos, que se echaron á reir, sin acordarse de la pretendida gravedad e que intentaban revestirse.

La risa acabó, y entonces dirigiéndose con rostro severo é irritado al divino Salvador, dijole Anás:

—Ven acá, embustero; ven y dime si eres tú el que por propia autoridad se ha hecho maestro, poniéndose á explicar la ley á su manera, y formando en torno suyo un cuerpo de discípulos, arrancado al seno de las montañas de Galilea, donde pululan los salteadores: ven acá y dime, ¿quién te ha dado autoridad para atreverte á tanto?

—Para enseñar y predicar la ley de Dios;—contestóle Jesús humildemente;—no se necesita ningun título ni autorizacion académica. El hombre que ha nacido, tiene el deber de enseñarla y predicarla al hombre que viene despues de él.

—¿Qué hablas de ley de Dios, miserable si nunca has conocido al Ser eterno, y nunca has predicado á los hebreos mas que las fogosas pasiones que devoran tu pecho, y que por último serán los motivos de tu ruina? ¿Cómo tan descaradamente se atreve á hablar de Dios, el que no reconoce mas divinidad que su infatuado orgullo; el que no quema incienso, ni ofrece sacrificios, mas que á su propia vanidad? ¿Por qué pones el nombre santo del Eterno en tus labios, desvergonzado, si nunca has reconocido un mas allá; si nunca has sujetado tu cerviz orgullosa al yugo de ninguna autoridad; si durante tu vida no te ha animado otro propósito ni otro deseo que el de desterrar el culto del Altísimo de la tierra, y borrar su santo nombre de la memoria de los hombres?

—Yo he predicado siempre el reino de los cielos; yo he enseñado á mis discípulos á adorar al Eterno, y no he tenido nunca conversacion pública ni secreta con ellos, que no se haya dirigido al fin principal de mis deseos, cual es levantar las miradas de los hombres para hacer que las fijen

siempre, única y exclusivamente en el Supremo y único Criador.

La contestacion de Cristo era esplicita, era terminante, era irrecusable, y como Anás empezó á hallarse un poco embarazado por aquel camino, temió sin duda que el Señor le dejara sin palabra, y avergonzado además y corrido; así es que procuró cambiar taimadamente de conversacion, y fingiéndose muy indignado por la irrefutable respuesta del divino Nazareno, dijo dando un puñetazo sobre la mesa que tenia delante:

—¿Cómo ¡embustero! cómo te atreves á contestarme así, cuando tan notorias son y públicas todas tus abominaciones é iniquidades? ¡Tú, malvado! tú has tratado de minar la religion augusta del Altísimo; has tratado de desvirtuar el prestigio de los sacerdotes y de los hombres de la ley, y comprendiendo que solo así podias desterrar de la tierra el culto y la memoria del Criador, sin rebozo, sin parar un punto has minado unos cimientos, que si no fueran divinos, que si no fueran sostenidos por Dios y basados en el mismo Dios, ya hubieran dado en tierra con el edificio augusto al recibir tu satánico empuje!... Pero ya ha llegado tu hora; Dios va á castigar tus inauditas maldades por mano de los hombres que tratabas de destruir, y en virtud de una ley que intentabas desterrar, porque se oponia al fuego infernal de tus pasiones asquerosas... Tú perecerás bajo nuestras plantas, como perece un reptil inmundo, y despues de tí seguirán esos que llamabas tus Apóstoles y discípulos, porque la mala semilla se ha de reducir activamente á cenizas, si no queremos que invada y llene el mundo. Ahora bien; por el poder y autoridad que tengo sobre tí, yo te mando que me digas cuántos y cuáles son tus Apóstoles y discípulos.

La altanera pretension de Anás no obtuvo respuesta del divino Salvador, que con la cabeza humildemente inclinada sobre el pecho y los ojos fijos en el suelo, se mantenía mudo y resignado, rogando al Eterno por la salvación de aquel hombre que tan villanamente le trataba.

Anás había pretendido preguntar á Cristo en virtud de su autoridad, y como el viejo sacerdote ninguna tenía sobre el Salvador, aun considerado simplemente como un mero israelita, por eso mismo Jesús no quiso, ni aun siquiera tácitamente, concederle aquello que el viejo pontífice tan audazmente se abrogaba. Por otra parte la pregunta de Anás era ociosa. Bastante conocía él á los discípulos del Salvador del mundo, y el prodigioso número de hebreos que seguían su santa doctrina. ¿Para qué debía, pues, el Señor recrearle los oídos con una contestación? ¿Á qué fin había de esponer á las iras de los sacerdotes aquellos Apóstoles tan queridos, de los cuales estaba escrito que no perdería ninguno el Mesías, á no ser Judas el Iscariote, llamado *el hijo de perdición* en los santos vaticinios?

Viendo Anás burlada su autoridad por el silencio de Cristo, sintió que su corazón orgulloso se rebelaba, y montando en cólera, dió sobre la mesa un segundo puñetazo mas fuerte que el primero, y con voz bronca, irritada, guturó:

—¿Nada contestas, miserable impostor, á mi pregunta? ¿Aun viéndote bajo mi poder; aun considerándote perdido; aun sabiendo que á una señal mía esos que te rodean pueden acabarte de una vez, como si fueras un gusano inmundo de un asqueroso muladar; aun siendo así desprecias mi autoridad, y la palabra que te dirijo es por tí desdenada?... Si intentas que los tuyos vivan; si piensas que tu obra ha de continuar despues de tu muerte, te equivo-

cas; hoy aplastaremos la cabeza á la serpiente, y mañana sabremos encontrar su nido para destruir los huevos, en donde germinan vivoreznos no dados á luz, para destruirlos con toda facilidad. Poco me importa tu silencio; los que han sabido apoderarse de tí á pesar de tus precauciones, sabrán caer sobre tus discípulos, para que no quede de tu nombre ni la memoria en la tierra. Sigue callando, pues; no contestes á las preguntas que mi autoridad te dirige, pero sabe que con semejante proceder, no haces mas que ir amontonando materias inflamables en la mina que hemos abierto á tus piés, y á los de tus infames y viles seides.

Jesucristo seguía callando, y su espíritu enamorado de los hombres no sabía hacer otra cosa, aun en aquella circunstancia, que rogar al Padre celestial, para que se apiadara del desdichado viejo que tan satánicamente blasfemaba.

Y el silencio del Salvador aumentaba la rabia de Anás, aumentando su despecho. Cosa igual no le había sucedido en todos los días de su miserable vida. Jesucristo había avergonzado cuando predicaba la ley de la perfección del espíritu humano, y seguía avergonzándole en aquel momento en que Anás creía tener en su mano el arma poderosa de la muerte.

Esta impotencia del pontífice se comprende que le exacerbara, hasta el extremo de arrebatarse á un exceso de exaltación parecido al de la locura. Esto, sin embargo, aunque á duras penas, pudo Anás dominarse por fin, y dando á su acento un tono semicalmoso, semiirritado, semisarcástico y amenazador, prosiguió:

—Ya que nada quieres decirme de tus discípulos, ¡malvado! ¿me dirás al menos algo acerca de tu doctrina? De-

searia conocerla perfectamente; mas toda vez que esto no es posible por ser el tiempo tan breve y tus sofismas é imposturas tantas, al menos espero que me dirás en qué puntos capitales la calcas, para que así pueda yo reconocerla por deducción, ya que no puede ser por un estudio profundo.

Anás queria conducir á Jesús á reconocerle la autoridad con que pretendia preguntarle, pero el divino Nazareno lejos de fomentar la necia é hinchada vanidad del menguado sacerdote, dióle una respuesta tan sabia como humilde, y de una fuerza de lógica tan grande, que quitó á Anás los deseos y las ganas de proseguir interrogándole.

Jesucristo le contestó con aquel acento lleno de humildad, con aquella voz llena á la vez de dulzura y gravedad que le distinguian siempre:

—Yo he hablado sin cesar en público. He ido á predicar constantemente donde quiera que habia mucha gente, y nada he enseñado en secreto. El templo y la sinagoga han oido sin cesar mi voz, y pueden juzgar de mi doctrina. ¿Qué me preguntas, pues, á mí, si mi testimonio ninguna fuerza debe hacerte? Pregúntalo á aquellos que me han oido, puesto que no te será difícil hallarlos, y estos te contestarán.

Anás enrojeció de despecho, de rabia y de vergüenza á la vez: La contestacion de Jesucristo no podía ser mas explícita, ni mas terminante, ni mas concluyente, y por muchos esfuerzos que hizo el viejo malvado para dominar la impresion que le habia causado, y para buscar una frase con que contestarle al Señor, todo fue inútil. El peso de la verdad le oprimia, hasta paralizar la maldita lengua en la boca del pontífice.

¿Qué podia alegar en contra de la respuesta de Jesús?

Malco viendo el mal efecto que aquella contestacion hiciera en el infame viejo, y por otra parte herido por las palabras de Jesús, cuando dijo que preguntara á los que le habian oido; Malco que en otra circunstancia los pontífices le mandaron para prender al Cristo, y que despues de haberle escuchado volvió á sus amos elogiando entusiasta al divino Salvador; Malco temió que Jesucristo pasara mas allá, y sacase el nombre de su cruel carcelero á plaza, y para impedir que esto sucediera, y para probar de nuevo á Anás su fidelidad, armada su mano del guantelete de acero, dejóla caer con toda la rabia de su alma sobre el humilde semblante de Jesús, derribándole por tierra. ¡Tal fue el empuje de aquella bofetada, y con tanta ira y enojo la descargó sobre las divinas mejillas el malvado!

Y dijo con voz alterada por el acceso de la ira:

—¿Así respondes al pontífice, atrevido?

Jesucristo derribado en tierra, con la cabeza y los ojos levantados dulcemente al cielo, procuraba desahogar el intenso dolor que sentia, por medio de una respiracion mas fuerte y repetida que de ordinario. Pronto su divina mirada quedó del todo oscurecida por la sangre que manaba de sus ojos; y sus oidos, y su nariz y su boca sagrada manaron sangre tambien, porque aquella bofetada habia sido tan tremenda, que no dejara parte sana en la adorable cabeza del Redentor.

Anás al ver la manera como Malco acababa de vengarle, estuvo á punto de levantarse para darle un abrazo, por medio del cual le espresara su gratitud. Pudo, sin embargo, contenerse, y continuando en su asiento, prosiguió mirando las dolorosas y cruelísimas escenas de que el Salvador era la persona paciente.

La bofetada que el cruel criado acababa de dar al Re-

dentor resonó hasta el patio de la casa, en la cual estaban reunidos muchos de los designados para atormentar á Jesús, y fue recibida allí con tanto aplauso, con tales carcajadas y con tal satisfaccion, que dejando el zaguán subieron todos al piso principal, para enterarse de quién habia sido el héroe de aquella incalificable crueldad.

—¡Oh, y qué empuje tiene Malco!

—¡Qué bien le ha sentado al sedicioso! Mirad; le ha dejado sin fuerzas para revolverse y levantarse.

—¡Tiene las mejillas inundadas en sangre! ¡Oh, qué magnífica bofetada! ¡Ninguno de nosotros ha sabido hacer otro tanto!

Eleazar que participaba del gozo satánico de los que con palabras y carcajadas elogiaban al cruelísimo Malco; Eleazar siempre dispuesto á soltar la sin hueso, y siempre pronto á aplaudir la maldad, se dispuso á hacer coro con aquellos miserables y dijo:

—Ha sido un bofeton magistral que te acredita, Malco amigo. Hallándose el sedicioso en semejantes manos podemos estar tranquilos. Yo por mi parte te exhorto, Malco, á que no escasees con el Nazareno semejantes caricias, que deben serle muy regaladas, y que le deben causar mucho efecto!...

Eleazar habia comenzado, y no terminara en un siglo, si su padre no le indicase con una mirada que ya habia dicho lo bastante. El hijo primogénito de Anás calló, aunque lo hizo de muy mala gana.

—¡Alza!—gritó entonces Malco asestando un tremendo puntapié al divino Cristo;—¿piensas acaso que has de estar así toda la vida, ó que tengo humor para mirarte descansando, mientras que yo por tí estoy en pié?

Y diciendo esto dió un tirón cruel á la cuerda que tenia

Jesús amarrada al cuello, obligándole á sentarse sobre sus piernas benditas. Y ayudado de las crueldades de Malco, y haciendo un supremo esfuerzo el Redentor para levantarse, púsose por último en la actitud que guardara antes de recibir aquella tremenda bofetada.

En aquel momento un rayo de luz vino á iluminar el rostro del Salvador. Estaba desconocido. La mejilla era morada, en algunas partes faltaba la piel y se dejaba ver la sanguinolenta carne, y la sangre continuaba brotando de sus ojos, de sus orejas, de sus narices y boca...

Malco le miró, y viéndole de aquella manera, sonriendo lleno de complacencia y satisfaccion dijo:

—Esto te enseñará, ¡deslenguado! á hablar al pontífice con poco respeto:

—Jesucristo al oír aquella voz bronca é insultante, con acento dulce, humilde, pero que parecia un quejido continuado, contestó á Malco:

—Si en el hablar me he excedido, dime en qué, pero si he contestado bien ¿por qué me hieres?

Esta sencilla observacion del Señor puso de nuevo avergonzados á Anás, á sus cinco hijos y á Malco. Las palabras de Jesucristo no tenian réplica, y por mas que sus enemigos se ensañaran con él tan sin razon, habia no obstante momentos en que la razon de Jesús les sorprendia.

Aquella bofetada acababa de poner en una situacion embarazosa al viejo pontífice, á quien las palabras de Cristo habian hecho enmudecer. Por fortuna de Anás llegó en aquel momento un mensaje de su yerno, en él que le anunciaba que hallándose todo dispuesto, podian conducir el reo á la presencia del tribunal de Israel, reunido en el palacio del gran pontífice.

Anás respiró. Aquel mensaje era para él viejo una gran

dicha; una especie de lluvia en primavera para un campo de trigo, que empieza á perder el color por causa de la sequia.

Y levantándose de su asiento, seguido de sus cinco hijos, dijo á Malco y á los soldados:

—Al palacio del gran pontífice con él.

Otro empujón tremendo dado á Jesús por Malco, significó al divino Redentor que debían partir.

Mientras tanto Anás quedándose con sus hijos algunos pasos atrás, les dijo:

—Os ruego encarecidamente que no despleguéis vuestros labios mas que para condenarle. Una palabra sola podría seros fatal.

—¿Por qué?—preguntó Eleazar á su padre.

—¿Por qué? ¿No has visto que aun preso el Nazareno es un formidable enemigo? ¡Ay de los que intenten preguntarle!...

Anás y sus hijos se dirigieron pensativos hácia la casa de Caifás, pensando que hasta las rosas de la venganza tienen crueles y terribles espinas.

CAPITULO IV.

Claudia Prócula.

Diferentes veces hemos tenido precision de hablar de la esposa del Pretor, y todo lo mas que nuestros amables lectores saben de ella es su nombre, su amistad con Berenice, y sus favorables disposiciones, no solo hácia la divina

Persona del Redentor del mundo, sino tambien hácia su excelsa y preclara doctrina.

Muy importantes son, sin duda, y muy trascendentales estas sucintas noticias, pero como que creemos que el lector no habria de estar muy satisfecho de su concision en este punto, en que por primera vez vamos á ponerla en escena, bueno será que demos algunos detalles acerca de su historia, de su persona, de su familia, y sobre la manera como habia llegado á ser la esposa de Poncio Pilato.

La familia romana Claudia, de la cual era originario Tiberio, emperador reinante en aquellos dias, tenia una hermosa jóven por esclava. Esta jóven se llamaba Prócula.

Fiel y amable en exceso, Prócula habia sabido captarse las simpatías de sus señores. Nunca se habia hecho acreedora á castigo alguno, con todo y ser los castigos que en Roma se aplicaban á los esclavos, muy severos por cualquier cosa, sin que perdonaran los altaneros amos la mas pequeña falta de inteligencia, ó el mas ligero descuido en los que les servian. Frecuentemente los amos desfogaban sus iras en los inocentes esclavos, y casi siempre les hacian los blancos de su malhumor, castigándoles bárbaramente, y haciéndoles objeto de los mas duros tratamientos que su colera y su saña les inspiraban.

Prócula nunca mereció de sus señores ni un ademán de amenaza, ni una palabra dura, porque era en extremo inteligente, y procuraba leer los deseos de sus señores en los ojos y en los ademanes.

Estas buenas condiciones de la esclava Prócula, hicieron que sus amos se aficionaran á ella, que la quisieran como se quiere á un servidor inteligente y adicto, y que por fin le diesen la libertad, en premio de los buenos servicios que habia prestado á la opulenta familia Claudia.

Con la libertad dispensáronle sus antiguos amos una proteccion del todo valiosa, y como quiera que el emperador era de la familia, y la hermosura de Prócula fuese de las mas seductoras, no le faltaron luego algunos capitanes aventureros, que necesitaban de una proteccion altísima para escalar los primeros puestos del imperio, merced á la indicada influencia.

Prócula habia antepuesto á su nombre propio el de los señores que habia tenido, como un testimonio de gratitud, como una cadena moral que le uniese siempre á sus generosos protectores. De entonces se llamó Claudia Prócula, siguiendo el uso establecido en Roma por los esclavos manumitidos, y el doble nombre que la hermosa jóven llevaba, á la vez que le atraia los buenos afectos de sus antiguos señores, era una especie de recomendacion puesta delante de los que pretendian su mano, con el intento de hacer carrera á toda costa.

Claudia Prócula siguió viviendo con sus antiguos señores; y allí la conoció un jóven y esforzado guerrero, que, habiendo militado á las órdenes de Tiberio, y asistido con él desde niño al gimnasio, á fuerza de inteligencia y de bravura pudo llegar á obtener el grado de capitán.

Verdad es que Tiberio se olvidara de él no bien fue exaltado al solio imperial, pero no por eso desmayó aquel jóven, y como que tenia alguna introduccion en la familia Claudia, siguió visitándola, esperando conseguir mejor su objeto á fuerza de paciencia que no desesperándose y agiéndose como lo hacian muchos de sus compañeros, que habiéndolo sido tambien de Tiberio, así en las armas como en el gimnasio, se lamentaban de la olvidadiza ingratitude del emperador.

El jóven de que hablamos pertenecia á una modesta fa-

milia romana; esta familia era la de los Poncios, y como quiera que su nombre era en Roma poco conocido y muy abundante, trató de distinguirle el jóven, y pensando que por medio de la carrera de las armas lograría mejor su objeto que de cualquier otro modo, dedicóse á ella en alma y vida, y añadió al nombre de su familia el de *Pilatus*, que siendo un derivado de la palabra latina *pila*, que significa *darto*, indicaba bastante bien el género de arma en que sobresalia, y con el cual ganara los grados con que se honraba.

Poncio Pilatos, el olvidado amigo y compañero del emperador Tiberio, era el que frecuentaba constantemente la familia romana Claudia, pensando tal vez casarse con una de las hijas de la casa, y asegurar de este modo su carrera, asegurándose la proteccion del purpurado emperador por medio de esta soñada alianza, pero como las pretensiones del jóven Poncio le salieran fallidas, vió la hermosa, la gracia y la inteligencia de Prócula; observó cuan querida era de la familia del emperador, y pensó que si se casaba con ella, tenia asegurada la proteccion de los deudos de Tiberio, cuya proteccion era el bello ideal que agiataba á Poncio Pilatos, que le tenia constantemente preocupado.

Esta idea fue para él un rayo de luz, derramado en el horizonte oscuro y humilde del porvenir de Poncio, y se decidió á aprovecharse de él para llegar al término soñado por su anhelosa juventud. No se engañó el jóven en sus apreciaciones: habló y Prócula fue su esposa; insinuó á esta que sería muy conveniente para enriquecerse los dos, que Pilatos obtuviera del emperador un destino brillante y lucrativo, y pocos dias despues Cornelio Varro, presidente de la Judea estaba destituido, y Poncio Pilatos nom-

brado para el mismo destino, dejaba á Roma para ponerse á las órdenes del prefecto romano de la provincia de Siria, á cuyos dominios estaba sujeta la Palestina con todos sus gobiernos y tetrarquías.

Debiendo, pues, Poncio Pilatos todo lo que era á su esposa Claudia Prócula, y juzgando que su proteccion habia de serle muy ventajosa para hacer en poco tiempo una brillante carrera, amaba y veneraba á su mujer, procurando darle gusto en todo y tenerla en todo adicta y contenta. Esto, sin embargo, las causas del amor de Pilatos para con su mujer no eran tan solo las indicadas, porque mucho contribuia tambien á ello la hermosura seductora, la gracia y modestia, y sobre todo el apacible carácter y la despojada inteligencia de su esposa.

Pilatos, pues, por nada de este mundo hubiera consentido en separarse de Claudia Prócula, y aun cuando el destino fuese menos honroso y lucrativo, hubiera preferido quedarse en Roma con ella, que partir de la ciudad dejando su esposa en las márgenes del Tiber, para ir á encargarse él del gobierno de la provincia mas vasta y floreciente del imperio.

Por fortuna para el esposo de Prócula, la antiquísima ley llamada *Oppia*, aunque Augusto pocos años antes la pusiera de nuevo en vigor, habia decaido hasta el extremo de no ser por nadie acatada, y de relegarse al olvido. Todos los poderosos habíanse levantado en Roma contra ella, y las matronas romanas, como que las heria de frente, no eran las que con mas apacibilidad conspiraban contra dicha ley, conspiracion que no cesó hasta verla completamente relegada al olvido; hasta haberla conseguido revocar del todo.

Hacer leyes era una distraccion para los cónsules y se-

nadores de la república romana, como era una distraccion para los presidentes de las provincias vejar á los pueblos que les estaban confiados para amontonar riquezas. Tácito el severo historiador se queja del achaque de los senadores de su pueblo, cuando dice: *Plurimæ leges, pessima respublica*, que traducido al español, significa que la república es muy mala por causa de sus muchas leyes.

—Sentiríamos que nuestros lectores nos achacasen el imperdonable defecto, en un escritor de nuestro género, de meternos en política. Detestamos las banderías, y el innoble juego de la política nos repugna tanto, como ciertos espectáculos no muy decorosos que en estos tiempos están en boga; nos repugna tanto como el dar nombre de pudorosa á una mujer escotada; nos repugna tanto como llamar hombre de dignidad á un bajo adulador. Si hemos citado la amarga exclamacion de Tácito, es porque por casualidad teníamos dicha sentencia delante de los ojos; es porque deseamos que no se diga de nosotros lo que de ciertos escritores se dice; esto es, que hacen novela de la historia, y que todo lo acomodan á su fábula, sin importarles nada los anacronismos y los mayores absurdos. En otras partes hemos dicho que escribíamos historia, aun cuando parezca singular para muchos la manera de que nos valem para hacerlo.

Volviendo, pues, á la ley *Oppia* de los romanos, diremos que consistia en prohibir á los empleados de la república llevar en su compañía á sus esposas, y solo les autorizaba para que hicieran un viaje al lugar donde el marido estaba, durante una corta temporada en invierno. Esta ley era de una grande trascendencia para los romanos, porque como su política era la de tener sujetas las provincias, por medio de los vejámenes y tiranías de los gobernadores,

presidentes, prefectos ó cualquier otra clase de empleados, las mujeres se valian de la influencia que ejercian sobre sus esposos, para dulcificar el trato que estos daban á sus administrados, cosa que por cierto no convenia de ninguna manera á los intereses de aquella república. El pueblo romano no queria dispensar proteccion á ningun otro pueblo, ni queria permitir que nadie tratara de dispensarla, y al efecto apartaba, hasta con leyes como la *Oppia* del lado de sus delegados, todos aquellos seres que por la dulzura y natural piedad de sus sentimientos, pudieran dulcificar con su influencia el trato que daban los gobernantes á los gobernados. En una palabra: toda la política de Roma consistia en tratar como esclavos á todos aquellos que no hubiesen nacido bajo el cielo de una parte de Italia.

Si esta ley hubiese estado en vigor por los dias en que Poncio Pilatos se casó con Claudia Prócula, no hubiera podido llevarla á la Palestina consigo, en lo que el pretor de la Judea hubiese recibido un gran pesar, pero por fortuna para él no sucedió así, y los dos recién casados emprendieron el viaje á la Siria, pocos dias despues de su matrimonio.

Era por aquel tiempo, que el senador de la república romana, llamado Severo Cecinna, presentó al senado una proposicion para que de nuevo la ley *Oppia* fuese restablecida en todo su vigor, pero encontró una oposicion tan decidida en todas partes, una especie de animosidad tan violenta, que su proposicion fue por todos rechazada. Esto no obstante, el senado publicó un decreto, segun el cual se hacian responsables á los empleados del imperio de las intrigas, de las protecciones y de las influencias de sus esposas, que redundaran en perjuicio de la autoridad y del absoluto dominio que Roma ejercia sobre las provincias por ella sojuzgadas.

Este decreto del senado romano, dejando sin valor ni efecto la ley *Oppia*, aseguró á Claudia y á Pilatos la permanencia del uno junto al otro, permanencia que él deseaba por ambicion, y ella por inclinacion y por virtud.

Como quiera que Prócula habia nacido de una esclava de la opulenta familia Claudia, puede decirse que reputaba por suya la del emperador Tiberio, y que sus señores la consideraban como un individuo de la casa, aunque de una clase mas baja que la suya. Prócula, muchacha inteligente y llena de buenos deseos, habia vivido siempre al servicio de la matrona romana, dueña de la casa, y como siempre estaba frecuentando el trato de la mas esclarecida sociedad de Roma, aprendió hasta la correccion las maneras cultas y el elegante lenguaje de los romanos poderosos, así es que no bien se halló de repente elevada á la posicion que en Palestina tenia, en nada variaron sus usos, sus costumbres y sus modales, puesto que todo lo tenia anteriormente adquirido. Claudia Prócula, al pasar de la condicion de esclava manumitida, á la de esposa de un pretor del imperio romano, ninguna violencia hubo de hacerse para sostener á la respectiva altura su papel de señora, puesto que no parecia otra cosa sino que naciera para desempeñarlo.

La mujer de Pilatos estaba adornada de todas las gracias, hasta de aquellas que acostumbraban á faltar á las matronas romanas, que habiendo vivido en una corte avasalladora y corrompida, mas que simples mujeres parecian reinas, tratándose con la altivez y la jactancia de tales, de modo que si atraian las miradas por su pureza de líneas y elegante hermosura, repelian la confianza y los corazones por su excesiva altivez, vanidad y jactancia. Este defecto no lo tenia Prócula, pues era sencilla como una

margarita y hermosa como las rosas de la llanura de Saron y del valle de Jericó. Todo en ella atraía, porque ella no se desdeñaba de fijarse en todo; todo en ella infundía veneración y respeto, pues nada hay tan imponente como la sencillez de la virtud.

Aficionada á indagar la verdad, esa verdad que su esposo, hijo de las escuelas sofisticas de Roma, consideraba una vana ilusión, una especie de fantasmagoría para engañar á los simples y á los tontos, Prócula dejaba á un lado el repugnante escepticismo de su marido, y no hallando nada que satisficiera sus levantadas aspiraciones y su afán de verdad en las fábulas asquerosas del politeísmo y en las ridículas teogonías paganas, quiso primero conocer la historia de la religion de los hebreos; y sintiendo que la ley mosaica ensanchaba las potencias de su alma y la elevaba á esferas mas tranquilas, mas apacibles y serenas, hízose instruir en ella, y acaso estaba ya para abjurar dichosa los groseros principios religiosos que hasta entonces profesara, cuando en cierto dia por la Pascua, oyó hablar de Jesús con grandes elogios y suma veneración.

La fama justísima de que gozaba como Maestro el Salvador del mundo; la gloria y las auras populares de que cercado se hallaba; el entusiasmo de las gentes que le seguian, y las relaciones de los estupendos milagros con que acreditaba y confirmaba su doctrina salvadora, fueron cosas que llenaron de gratísimo asombro á Prócula, que se preguntó:

— ¡Pues qué! ¿Hay en religion algo mas sublime aun que la hebrea? Adorar á un solo Dios perfecto, sin vicios asquerosos que nos le hagan repugnante, y que le presenten, como á los de Roma sucede, peor que aquel que le adora; adorar á Dios, dechado de todo bien, manantial de

todas las perfecciones, generosa fuente de la vida que se derrama graciosamente por doquier, llenándolo todo de animación, de luz, de armonía y de dicha; adorar á Dios que nos debe premiar ó castigar segun nuestras obras, pero no con una gloria que consista como la de los Campos Elíseos en un desbordamiento constante y sin fin de las pasiones halagadoras, sino en la posesión del Bien supremo por toda la eternidad, sin que esa posesión dé nunca lugar al fastidio ni á la aridez, sino que sea una fuente inagotable de delicias siempre nuevas, siempre variadas, siempre arrobadoras; adorar á Dios para que la virtud tenga en la tierra su razón de ser, y halle en sí misma el inefable y purísimo goce de su existencia, y pasar la vida haciendo bien en la tierra, y sabiendo que el Criador nos mira complacido, y tener la esperanza de terminar esta vida en la amistad de Dios, para que á la hora de la muerte vaya el alma á abismarse enamorada en el seno deleitoso de la divinidad, ... ¡oh! esto es lo que ofrece y promete la religion hebrea; esto es lo que hace y da el culto mosaico... y sin embargo, ¿aun hay otra religion mejor que esa? Aun existe en el mundo un hombre divino, que predica la manera de adorar á ese mismo Dios único y bueno de un modo mas perfecto? ¿Aun hay en la tierra quien enseña á los espíritus hambrientos de la verdad un camino mas corto que el de Moisés, para llegar en breve al seno y á la posesión del Eterno?... Yo quiero oír á ese Hombre divino; quiero verle obrar milagros, y si por acaso no es un visionario, si por acaso es el Hombre de la verdad que busco, que presiento, pero que no he llegado á descubrir aun con toda perfección, si por acaso es ese hombre, yo seré feliz buscando el encanto de mi alma en lo presente, y la dicha de mi espíritu para lo futuro, en su doctrina salvadora. El

politeísmo es indigno de mí; sus dioses, lejos de presentar ejemplos de virtud á Prócula, le refieren sus historias para que se convenza que Prócula es mejor cien veces que ellos. ¡Singulares divinidades las que adoran Roma y Atenas! Júpiter, el rey de los dioses del Olimpo, un incestuoso; Vénus, la beldad, encanto de los dioses y de los hombres, una infame y desvergonzada meretriz; Juno, la esposa del padre de los dioses, una mujer que solo medita en la manera de poner la tierra en conmoción, por efecto de sus rencillas *doméstico-celestiales*; Baco, el dios de la embriaguez y de la bestialidad; Mercurio, el dios de los ladrones de alta estofa; Caco, el dios de los ladrones de ínfima calidad; Marte, el dios que lleva por doquier la destrucción y la guerra... Prócula, di, ¿acaso, sin pecar de jactanciosa, no has de confesar que eres mejor que todas esas deidades que en Roma se adoran? ¿Te recibiría por buena tu esposo, si te parecieras en algo á alguno de esos modelos *divinos* del vicio y del crimen mas asqueroso é intemperante?... ¡Oh! El politeísmo me repugna, es indigno de mí. Yo quiero adorar á un Dios cuya virtud me sirva de modelo en todos los actos de mi vida; quiero adorar á un Dios, que cuando levante á El mi rendida plegaria no haya de avergonzarse al recibirla, sino aceptarla con nobilísima majestad; quiero adorar á un Dios al cual nada pueda echar en cara, y cuyos dones y cuyas bondades estén esparcidas por doquier; quiero, por fin, adorar á un Dios siempre oculto para mí bajo el velo imponente del misterio, Dios que por ser tan infinito, tan inconcebible, solo se me revela en esta vida por los misteriosos caracteres con que ha escrito una demostración sublime de su existencia en la inmensa bóveda del firmamento, y ese Dios que tengo necesidad de adorar es el de los hebreos, es el que predica

ese Hombre divino que conmueve toda la nación judaica... ¡Oh! quiero conocerle, quiero juzgarle por mí misma; yo iré á oírle, sí; yo iré, porque el que ama la verdad no confía á nadie el encargo de buscársela!...

Este raciocinio de Prócula, que es un retrato bastante perfecto de su alma sincera y bella, arrójala á confundirse cierto día entre las oleadas de la multitud que escuchaba á Jesús, y las palabras del divino Nazareno resonaron en el fondo de su alma como un ritmo nunca oído, nunca soñado por ella, como una melodía que acallando las tempestuosas voces de los sentidos, lanzábala á espacios infinitos llenos de vida, de alegría y de luz, donde la existencia entera no era mas que un éxtasis sin fin, en la plenitud del goce, de la hermosura y de la dicha purísima, nobilísima, que siempre engrandecía el pensamiento, y embellecía sin cesar y sublimaba el espíritu.

La voz del Señor fue para Prócula un rayo intenso de luz, derramado prodigiosamente sobre el cuadro de la verdad que la mujer de Pilatos buscaba, y este rayo fue tan vívido, y la hermosura de la verdad tan brillante, que uno y otra dejaron deslumbrada el alma de la afanosa Claudia.

En aquel momento trabó relaciones con la piadosa y noble Berénice, y como esta podía con mas facilidad que Prócula oír al Redentor y saber noticias de él, á instancias de la esposa de Pilatos fué á visitarla, para referirle entusiasmada los hechos del Salvador, é ilustrarla con la doctrina redentora que brotaba del alma de Jesús para todos los hombres sin distinción, como brotan del seno de la aurora las gotas de rocío para todas las flores del prado y de la montaña, del llano y del valle.

Después de todo lo dicho se comprenderá perfectamente que la idea ocurrida á José de Arimatea para salvar la vida

del Cristo, no podia ser ni mas acertada ni mejor combinada, empero escrito estaba que no debia obtener resultado alguno, puesto que el Eterno habia decretado la muerte de su Hijo único, y Este descendiera al mundo para morir.

Y toda vez que hemos empleado este capítulo para dar á nuestros lectores unos detalles, que son precisos para el conocimiento de Poncio Pilatos, y de su esposa Claudia Prócula, no terminaremos estas líneas sin bosquejar el retrato físico de esta sincera y generosa mujer.

Claudia tenia la edad en que la hermosura de la mujer parece descansar, despues de haber llegado á su período álguido, y antes de emprender su marcha hácia la decadencia. No era gorda ni delgada, y su elegante y esbelta estatura tenia una talla alta y arrogante, pero con esa arrogancia natural de la belleza, con esa arrogancia de las rosas, que sin perder nada se dejan columpiar por la brisa, y juguetean con las auras. Parecia Prócula la modelada estatua de la majestad y de la gracia, sobre cuyo rostro hubiese soplado el espíritu de la sencillez y de la modestia. Se cimbreaba naturalmente con el balance de la copa de la palmera arrullada por los soplos de las auras vespertinas.

Su tez era trigueña y lustrosa, sombreada aquí y allí por las azules venas, á las cuales la transparencia del cutis dejaba darse cuenta de la luz. Sus ojos eran negros y rasgados, vivos y penetrantes, y su mirada ardiente casi siempre, pero modesta y pudorosa, se convertia en abrasadora cuando hablaba de la verdad escelsa que su alma apasionada buscaba.

En estos momentos la despejada y alta frente, veíase cruzada por una arruga que allí esculpía el buril del genio, arruga que parecia intentar abrir paso á la mente para arrojarse al seno de la inmensidad, donde se hallaba velada

la verdad eterna... Despues esa arruga desaparecia de aquella frente, y el alma se preguntaba al verla tranquila como un lago sereno, si era mas hermosa cuando la tempestad del genio rizaba el finísimo cutis de su frente, hasta formar aquella especie de ola etérea, que cuando su hermosura guardaba las proporciones de la belleza romana en su estado normal.

Su nariz era recta y bien proporcionada, y su boca pequeña ostentaba unos labios finos, rojos y delgados como el pétalo de la flor del granado, al fondo de los cuales se distinguia una línea doble de dientes pequeños y nacarados.

El cuello de Prócula era erguido y elegante; sus formas torneadas y mórbidas se hallaban cubiertas con el esquisito cuidado de una modestia llena del espíritu del pudor, por una túnica azulada, que sujeta por un ceñidor de oro, perdíase despues en múltiples pliegues hasta cubrirle los diminutos piés, y estenderse graciosamente en un roce majestuoso pero apartado de la exageracion, como Prócula lo estaba del infatuado orgullo de sus compatricias.

Añadid á todo ese conjunto unos copiosos cabellos blondos del color del azabache, y que Claudia despues de haberlos trenzado sujetaba á la parte posterior de la cabeza por medio de dos saetas de oro, y tendréis el retrato físico de la esposa del Pretor.

Ahora intróduzcámosla en escena, toda vez que nuestros lectores tienen acerca de ella y de su esposo los detalles mas precisos que les hemos podido facilitar.

Mas esto requiere capítulo aparte.